Zeitschrift: Hispanica Helvetica
Herausgeber: Sociedad Suiza de Estudios Hispánicos
Band: 4 (1992)

Artikel: Mis encuentros con Ernesto Sábato
Autor: Siebenmann, Gustav
DOI: https://doi.org/10.5169/seals-840947

Nutzungsbedingungen
Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Mehr erfahren

Conditions d'utilisation
L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. En savoir plus

Terms of use
The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. Find out more

Download PDF: 21.07.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, https://www.e-periodica.ch

MIS ENCUENTROS CON ERNESTO SÁBATO

Gustav SIEBENMANN
Universität Sankt Gallen

Fue cada vez en Buenos Aires o en Santos Lugares. Las oportunidades se me brindaron en ocasión de giras de conferencias o viajes de investigación. Las relaciones habían empezado antes, por correspondencia, con motivo de la traducción que había hecho el austriaco Otto Wolf de *Sobre héroes y tumbas*, publicada por la Editorial Limes de Wiesbaden, en 1967. Nos conocimos personalmente el 18 de enero de 1970, fecha de mi primer arribo a Buenos Aires, y entonces aconteció algo inesperado para mí: Ernesto Sábato me propuso presentarme a Borges. Con permiso de Ernesto traduzco más adelante el relato sobre ese encuentro que publiqué luego en la Neue Zürcher Zeitung. El 21 de enero de ese año, Ernesto y Matilde convidaron a un grupo de jóvenes argentinos a una generosa recepción en su casa de Santos Lugares. Año y medio más tarde, en agosto de 1971, el Instituto Goethe organizó en la Calle Corrientes una mesa redonda sobre la crítica literaria, en la cual participó también Ernesto Sábato, con la nerviosa lucidez a que nos tiene acostumbrados. Recuerdo que allí expuse unas teorías sobre la sicología de la lectura, orientándome en un modelo propuesto por Georges Poulet. Con mis afirmaciones, mientras tanto superadas, postulaba que el lector hace un préstamo temporario de su conciencia, poniéndola a disposición del texto, o sea del autor, pero que esta enajenación del propio yo se esvanecía con el olvido de la lectura. Ernesto Sábato se opuso con vehemencia a esta idea de transitoriedad, afirmando, no sin cierto patetismo, que si el impacto conseguido por un autor a través de la lectura de un texto suyo se disfuma luego sin dejar rastros en la conciencia del lector, toda escritura resultaría inútil. El debate quedó abierto aquella vez, pero, con su fe en la eficacia pragmática del acto de la lectura, Sábato halló el amplio consenso del público entonces presente, y hoy pienso que tuvo razón, por lo menos desde el punto de vista del escritor.

Aquí también quisiera recordar un acontecimiento que revela la popularidad, entre la gente de Buenos Aires, de un autor tan difícil como Sábato. Volviendo de Lima a Buenos Aires, hacia mediodía del domingo 15 de agosto de 1971, me quedaba un intervalo de unas siete horas antes de que saliese mi avión para Tucumán. Ernesto y Matilde me recogieron en el hotel a las tres de la tarde. Mi vuelo nacional saldría a las dieciocho horas. Sábato se ofreció para hacerme pasar el rato y tuvo la genial idea de reunir —creo que fue en casa de Abel Posse y su esposa Sabine Parentini, en la Calle Uruguay— a varios jóvenes que pertenecían en aquel entonces al grupo «Escarabajo de oro». Las discusiones fueron ardientes y se centraban una vez más en la cuestión del compromiso literario, de la difícil relación entre política y literatura. Hacia las cuatro y media me permití advertir a Matilde que sólo quedaban unas dos horas para que yo llegase a tiempo al aeropuerto. Sábato se dio cuenta de mi inquietud y me dijo soberanamente que en media horita estaríamos en el lugar del check-in y que no me preocupara. La conversación continuó con una animación aún mayor. Nunca había visto yo a Ernesto Sábato discutir con tanta pasión, diría hasta con rabia, como lo hizo aquella tarde con Abelardo Castillo, mientras Liliana Heker trataba de conciliar prudentemente las opiniones. Finalmente, hacia las cinco, quedando una horita antes de la salida de mi vuelo —nadie parecía ya pensar en ello— le rogué a Sábato que alguien me llevase al aeropuerto nacional. Nos despedimos sin precipitación, cargamos mis maletas en el cochecito y Ernesto se puso al volante, acompañando sus comentarios a lo discutido con aspavientos. El tránsito se puso cada vez más denso. De repente Ernesto echó los brazos al aire y dijo: «¡Dios mío, se me había olvidado que hoy es domingo!» Efectivamente, las calles estaban totalmente embotelladas por el tráfico dominical, y más aún, a orillas ya del mar, las avenidas por donde miles de coches porteños trataban de regresar de la Boca del Tigre. Sábato hizo locuras con el coche, se lanzó por calles estrechas y a contramano, se precipitó a bocinazos por el portal de salida del aeropuerto, sin cuidar de las protestas de los coches que venían en contra, dio un frenazo ante el edificio y se precipitó hacia la taquilla de Austral. Cuando llegué yo, arrastrando mi maleta y blandiendo mi ticket, dos empleadas nos dijeron serenamente que el avión ya estaba en la pista, a punto de despegar, además con retraso. Efectivamente eran ya las 18.20. Yo ya me había resignado desde hacía rato, viendo la hora, cuando Sábato, con su manera enérgica de ser cortés, expuso a las encargadas que «este señor tiene que viajar con este avión porque tiene que dar una conferencia esta noche en Tucumán». Las azafatas apenas le hicieron caso

cuando del despacho interior se asomó, evidentemente alertado por el barullo, un señor regordete, en mangas de camisa. Se quedó allí parado, observando las desesperadas maniobras que Ernesto seguía haciendo a mi favor. De repente, el encargado se acercó y le dijo: —«¿No es Usted el escritor Ernesto Sábato? ¿Autor de *Sobre héroes y tumbas*?»...— «Efectivamente. ¿Nos conocemos?» —«Si Usted me manda un ejemplar del libro con una dedicatoria, este señor podrá tomar el avión.» — «Por supuesto, no faltaba más. A ver si es posible ...». El encargado ya había empuñado un micrófono, conversó brevemente no sé si con el capitán o con la torre de control. De todos modos Sábato agarró mi maleta, pesadísima, yo el maletín y el resto, y nos precipitamos tras el encargado que nos hizo subir en una camioneta. Corriendo por las interminables pistas y toreando los vehículos y los aviones el chofer llegó ante el avión de Austral, frenó, abrieron la puerta, bajaron la escalera, me empujaron de atrás, me tiraron de adelante y por el cristal de la puerta ya cerrada divisé todavía a Ernesto, radiante de alegría y agitando los brazos para decirme adiós. Aquella vez comprobé lo que puede el prestigio de un escritor entre gente argentina.

La próxima vez que nos vimos fue en abril de 1984, en casa de los amigos suizos José y Helena Studer, que habían invitado para tomar un copetín a toda una serie de escritores y poetas, para que nos conociéramos. Fueron demasiados como para poder conversar seriamente. Por ello, unos días después, fui en tren a Santos Lugares y llegué, una vez más, a esa casa inverosímil de los Sábato. Ernesto me dejó ver los cuadros que se había puesto a pintar. (Inolvidable el Baudelaire con la rata). Fue una velada tranquila e intensa, con Matilde serena y dulce como nunca.

Cuando años más tarde me invitaron a asistir, en abril de 1986, a la X Feria del Libro y al homenaje a Borges, coincidimos una vez más, en ocasión de la conferencia plenaria que le tocó dictar a Sábato, en un aula repleta y ruidosa. Se había cansado hablando y nuestra conversación, entre gente que le asediaba para pedirle una dedicatoria, tuvo que ser breve. Me sorprendió su cordialidad, inesperada en medio de aquel ajetreo. Confío en que no haya sido el último encuentro.

SÁBATO CICERONE Y BORGES ANFITRIÓN

—«¿Quiere Usted conocer a Borges?». Ernesto Sábato me hizo la propuesta cuando, apenas llegado a Buenos Aires, quise saludarlo por

teléfono. Propuesta generosa aunque tampoco desinteresada, porque a Sábato también le importaba encontrarse con Borges, desde que recientemente algunos periodistas se habían obstinado en inventar una rivalidad política y literaria entre los dos grandes argentinos, mediante entrevistas malintencionadas.

El 20 de enero de 1970, un martes tórrido, Sábato me alcanza en el hotel y atravesamos el casco viejo de la capital hasta la calle México. El portero de la Biblioteca Nacional saluda a Sábato como a un viejo amigo y nos precede subiendo aquella interminable escalera de mármol, atravesando corredores frescos y oscuros, hasta el despacho del director. Borges se había levantado y se nos acercaba. Nos coge del brazo a ambos y nos lleva hacia el fondo de ese alto despacho tan terriblemente sobrio. Nos sentamos en unas enormes butacas de piel, donde todos quedamos aún más achicados, con lo bajitos que somos los tres. Sábato, después de haberme presentado, declaró que tenía un compromiso y que nos iba a dejar solos dentro de un rato. Por tanto Borges, gesticulando finamente con sus manos delgadas, conversó en un primer tiempo sobre todo con Sábato, que lo tomó a gusto y pareció olvidarse de su compromiso. Los temas fueron la política argentina, el fenómeno tan curioso de la simpatía incluso de los de izquierda por dictadores históricos como Rosas, y también por Perón. Borges lanzó una de sus características «boutades» diciendo que en este país todo lo pasado queda potencialmente presente, por lo cual todo parece tan caótico. Tuvo su risa ancha y silenciosa y me preguntó si esto no me parecía fascinante. Quiso saber de mis primeras impresiones de Buenos Aires, de Argentina, no sin el coqueteo del que sabe que iba a escuchar elogios. Inevitablemente surgió el tema del cosmopolitismo, de la tensión entre argentinidad y universalidad. Antes de que Sábato pudiese intervenir, Borges se levantó, serio, hasta ensombrecido, se acercó a tientas al escritorio, pesado mueble de forma ovalada. Insistió en defender su posición y profesaba su argentinidad como si se encontrase ante un amplio público contradictorio. Sábato trató de calmarlo, repitiendo que ni él ni yo teníamos la menor duda acerca de su criollismo, opinión comprobada en nuestros ensayos. Borges vuelve a sentarse y se calma.

Comparten los dos, a este propósito, unas observaciones irónicas sobre el diluvio de reseñas y artículos de crítica literaria que les acarrea el correo, y Borges me señala, contra la pared, el fichero que sus secretarios vienen acumulando con la bibliografía de todo lo que se publica sobre él. —«Ahí también se encuentran fichados sus trabajos de Usted. Pero no los leí», me dice socarronamente. —«No suelo leer esas cosas.»

Repite una vez más lo de su ceguera y de su dificultosa lectura desde 1955. Es el momento para Sábato de preguntar por Doña Leonor, puesto que sabe que es la madre quien en los últimos años asume la tarea de leerle los textos al hijo. En lugar de contestar le pregunta éste a Sábato: —«¿No cree Usted que también mi madre tiene la culpa de que yo esté dando de espaldas al presente? Yo ya no leo a los contemporáneos». Borges y Sábato se miran con una risa irónica: evidentemente ambos están pensando en la entrevista en que, una semana antes, Borges, para gran sorpresa de Buenos Aires, había dicho que tampoco había leído *Sobre héroes y tumbas* de Sábato. La tomadura de pelo y la posibilidad de ser irónicos parece haberlos aliviado a los dos.

La conversación toma un giro alegre y despreocupado. En una ocasión Borges suelta esa palabrota que empieza con c ..., se asusta, me mira si me asusté a mi vez y pregunta luego, con toda seriedad, si el idioma alemán también emplea como taco la palabra correspondiente. En seguida se nos antoja aclarar filológicamente el asunto idiomático, encontramos derivaciones sorprendentes y curiosas correspondencias en todos los idiomas indoeuropeos. Para sorpresa de todos es precisamente Sábato, el físico, quien mejor sabe manejar los gruesos diccionarios y llega a dar la prueba de la unidad de todas esas variedades, es decir, la raíz común que se encuentra en la palabra sánscrita «kwon». Borges, esa enciclopedia ambulante, se da por vencido, con una risa ancha y franca que uno no sospechaba en esa fisonomía tan seria.

Cuando Ernesto Sábato se acordó de su cita y se levantó para despedirse, Borges volvió a sentarse en la butaca, haciéndose el sueco. De la calle se escuchaba un aire de tango y en seguida Borges recogió este tema, sobre el cual Sábato acababa de publicar un estudio. Entre los dos platicaban durante un rato, canturreando algún aire conocido y recitando las letras melancólicas. Había llegado la hora de despedirse. Borges no me soltó la mano bajo la puerta, sino que me condujo por un estrecho pasillo que desemboca en una galería suspendida en el vacío, desde la cual divisábamos, en su característica penumbra, la gran sala de lectura de la Biblioteca. Ante todos esos infolios memoriosos recordamos en silencio el arcano de Babel, el Libro Unico que representa el Universo y las demás metáforas borgianas.

La despedida fue cordial: —«Somos compatriotas. Yo también soy suizo», dijo Borges, quedando arriba de la escalera, la mano puesta en la férrea Fortuna de la barandilla. Sábato, cuando salimos a la calle, dijo algo que no entendí en el estruendo del tránsito. Levantó la voz y repi-

tió: —«¿Qué le parece, Siebenmann? ¿Cree Usted a esa gente que pretende que somos rivales?» Cuando nos despedimos, yo bien sabía que no, que Sábato y Borges eran bien diversos, pero distintos y complementarios como cara y cruz de la misma moneda, ambos moldeados con esa singular aleación en que se acuñó el genio argentino.